

RESEÑAS

Roberta Lajous Vargas, *Historia mínima de las relaciones exteriores de México (1821-2000)*, México, El Colegio de México, 2012, 370 pp.

Dentro de la colección *Historias Mínimas*, El Colegio de México ha publicado esta apretada síntesis de casi doscientos años de las relaciones de México con el exterior, de Roberta Lajous, que tiene la originalidad de ofrecer una perspectiva desde la cual esta historia se escribe a contrapunto de las transformaciones del orden internacional. Así, la narración empieza, por una parte, con Napoleón y termina con George Bush; por la otra, comienza con Juan Francisco de Azcárate y finaliza con Ernesto Zedillo. Derrotado Bonaparte en 1815, la historia que aquí se cuenta va de una hegemonía anglosajona a otra, del imperio británico al imperio estadounidense, del eurocentrismo del siglo XIX al ascenso del Pacífico como uno de los ejes del equilibrio internacional. Del texto se desprende cómo estos cambios impulsaron, a su vez, prácticas internacionales así como la aparición de conceptos para explicar esas transformaciones, por ejemplo, *globalización* o *intervención humanitaria*; o imprimieron nuevos significados a viejas nociones como la de soberanía. El libro muestra los cambios correspondientes en México. Así, en dos siglos el país pasa de la introversión que le impone la inestabilidad que acompaña a la formación de una nación independiente a la globalización, a la apertura hacia los cuatro puntos cardinales.

La autora apunta que nos adaptamos a los cambios en el exterior pero no siempre les seguimos el paso, como lo demuestra el rezago en materia de liberalización comercial, a la que llegamos relativamente tarde, apenas en 1985 ingresamos al GATT. En materia política tampoco fuimos de los primeros en aceptar observadores internacionales en nuestros procesos electorales, pues los gobiernos mexicanos de fin de siglo resistieron hasta 1994 el escrutinio del exterior a pesar de que ya entonces se trataba de una práctica internacional más o menos generalizada.

Roberta Lajous reconstruye el contexto internacional y registra la dinámica nacional para responder a preguntas como las siguientes: ¿Cómo se insertó México en amplias corrientes mundiales de cambio? ¿Cómo se ajustó a los sucesivos órdenes internacionales que se formaron a lo largo

de doscientos años? ¿Cómo reaccionó a esos cambios? ¿Con qué recursos contaba? ¿Cómo ha vivido una geografía que es casi un enemigo? ¿Cuáles han sido sus objetivos? ¿Cuáles sus estrategias?

El libro responde a estas preguntas con un lenguaje llano y mucha información bien seleccionada y sistematizada, y cumple con su objetivo general: presentar a los jóvenes estudiantes que se inician en la carrera de relaciones internacionales y a un público no especializado una visión panorámica de la trayectoria internacional de México desde su nacimiento como nación independiente hasta el fin del siglo xx.

La lectura de esta obra arroja una conclusión general: México ha buscado ejercer influencia internacional, convencido de que tiene algo que aportar al mundo y de que es mucho lo que puede derivar del mundo en su propio beneficio. Ha desarrollado esta vocación internacional no obstante sus limitaciones y los muchos obstáculos que ha encontrado en el camino; y no es el menor de ellos la vecindad con Estados Unidos, un país que tenía una precoz voluntad imperial, impulsada cada vez con mayor agresividad, y que a lo largo de esta historia ha influido pesadamente sobre las decisiones y los proyectos mexicanos. La autora también reconoce que la vocación internacional de México se ha topado con su propia pobreza o con los escollos generados por profundos desacuerdos políticos que —según ella—, durante buena parte del xix hasta antes del triunfo de los liberales en 1871, fueron un obstáculo para que México tuviera una política exterior. Una afirmación sugerente y controversial.

Las continuidades con que se construye esta historia son harto conocidas, sobre todo en lo que a restricciones se refiere: la vecindad con un país más poderoso, y la escasez de recursos para el crecimiento económico y para satisfacer las demandas sociales. El tema de la deuda es una constante: nacemos endeudados, vivimos en deuda, los acreedores internacionales nos agobian en el xix y nos agobian en el xx; concluimos el siglo pasado con dos crisis financieras graves que han condicionado el crecimiento de la última década. Nuestra relación con el exterior ha transcurrido bajo la sombra de reclamaciones y negociaciones.

Sin embargo, en este mismo terreno ocurrió una importante discontinuidad a finales de la década de 1920, cuando el gobierno de Estados Unidos se convenció de que la inestabilidad mexicana ya no le convenía como en el pasado. Entonces decidió apoyar al gobierno de Calles en la negociación de las reclamaciones por daños causados por las luchas revolucionarias a propiedades de sus nacionales; y el embajador Dwight D. Morrow se convirtió en un personaje muy cercano al presidente de la república, que intervino incluso en la solución del conflicto entre la Iglesia y el Estado. La política del Buen Vecino de Franklin Roosevelt fortaleció esta disposición

de Washington a apoyar a los gobiernos mexicanos en crisis, sobre todo económicas, y se ha mantenido como una constante hasta la operación de escote que orquestó el presidente Clinton en 1995.

Este apoyo no era una obra altruista, sino producto del cálculo del interés propio. Y es que en el curso de estos doscientos años la relación entre México y Estados Unidos, como bien lo describe este libro, ha ganado en complejidad, y ha pasado de la confrontación a la cooperación, de la diferenciación a la integración, de la dependencia a la interdependencia.

El libro destaca otras dos grandes discontinuidades que tuvieron un fuerte impacto sobre nuestras relaciones exteriores: primero, la estabilidad política que introdujo el PRI a partir de 1946, cuyo antecedente era la estabilidad del porfiriato. La segunda discontinuidad fundamental en esta historia fue la apertura de la economía y el cambio de modelo de crecimiento que a partir de la década de 1980 modificaron radicalmente nuestra relación con el mundo, y están detrás del intenso activismo internacional de México, de su pertenencia a organismos internacionales, a numerosos grupos temáticos, de su defensa sistemática de ciertas causas. De suerte que esta historia tiene un buen final. Nos dice Roberta Lajous: "Al cerrar el siglo xx, México se había convertido en un importante actor internacional, con una fuerte identidad cultural que lo identifica con los países de la región. Se definió a sí mismo como un país de pertenencias múltiples por su estrecha vinculación económica con América del Norte y cultural con América Latina, y también por su posición privilegiada entre los océanos Atlántico y Pacífico, lo que le permitió suscribir los acuerdos establecidos por [con] Europa y los países de Asia" (p. 368).

Para este México el mundo exterior es una oportunidad. Bien lejos está ese país del que inicia esta historia, ese México para el que el mundo era una amenaza porque era una sociedad desarticulada, frecuentemente en guerra, arruinada y derrotada en una guerra con un vecino mejor organizado que le arrebató la mitad de la única riqueza que le quedaba: su territorio.

El planteamiento general de Lajous, que mira a México a la luz del contexto internacional, nos hace ver que no obstante que nuestra experiencia histórica es, como otras, singular, encuentra similitudes en otras experiencias contemporáneas. Pensemos, por ejemplo, que la inestabilidad de las fronteras era una característica del orden internacional en el XIX, y que la transferencia de territorios de un Estado a otro, como botín de guerra, era práctica común. Polonia representa el ejemplo paradigmático de ambos fenómenos: en el siglo XVII desapareció entre Austria, Prusia y Rusia, reapareció en el XVIII, fue desmantelada de nueva cuenta a principios del XIX, luego la recreó Napoleón, poco tiempo después la desmontaron otra vez, reapareció en 1919, desapareció en 1939 y reapareció en 1944.

Lo que quiero destacar es que si tomamos la perspectiva de las prácticas internacionales de la época, la guerra de 1847 entre México y Estados Unidos adquiere la dimensión de un conflicto internacional típico del siglo XIX. Desde este punto de vista no resulta tal vez tan escandaloso el tratado McLane-Ocampo que firmó el gobierno de Benito Juárez en 1859, el cual sumido en la penuria y ante la necesidad de recursos para enfrentar el desafío conservador, vendió a Estados Unidos lo único que tenía: territorio, en la forma del derecho de tránsito a perpetuidad por el istmo de Tehuantepec, y el libre paso de Matamoros a Mazatlán y de Guaymas a Nogales. Afortunadamente, el congreso de Estados Unidos rechazó el acuerdo.

La misma similitud evoca la condición de paria internacional que recaó sobre el México revolucionario, como lo describe este libro. En 1791 la Francia revolucionaria intentó superar esa condición declarándole la guerra a Europa, y no hizo más que profundizar la desconfianza que inspiraba a las demás potencias europeas. El libro alude a la condición de paria de la Unión Soviética, que en su momento también era vista como una amenaza a la estabilidad del orden internacional, y a México que tuvo que lidiar con la misma desconfianza agravada por la Constitución de 1917, cuyas disposiciones nacionalistas y anticlericales alarmaron a los intereses extranjeros, entre otras razones porque resultaron muy atractivas para las fuerzas progresistas de otros países de América Latina. La autora destaca la reacción negativa de los intereses extranjeros representados en México a la doctrina Carranza, que plantea, entre otros, la igualdad de tratamiento frente a la ley de extranjeros y nacionales; y que desde entonces es, junto con el principio de igualdad soberana de los Estados y el de no intervención en los asuntos internos de los países, fundamento de la política exterior de México. A este respecto cabe señalar la contribución mexicana a la jurisprudencia internacional con aportaciones de hondo calado como la Doctrina Estrada, que enunció en 1930 el entonces secretario de Relaciones Exteriores, Genaro Estrada, según la cual México “se abstendría de otorgar el reconocimiento, o no hacerlo, a los nuevos gobiernos y se limitaría a mantener o retirar su representación diplomática” (p. 201). Este planteamiento, que puede ser leído como un corolario de la doctrina Carranza de no intervención, recibió una amplia acogida en América Latina –nos dice la autora–, donde eran frecuentes los cambios de gobierno extra constitucionales (p. 201).

Estados Unidos es un protagonista central de esta historia. Lajous no discute siquiera una de las perspectivas del estudio de la política internacional que consagra la sentencia: “Geografía es destino”. La da por sentada, y lo cierto es que esta historia encuentra buena parte de su explicación en la posición territorial de nuestro país. Vista desde este ángulo, este libro cuenta la historia de una rebeldía, porque aquí aparece la vocación internacional

de México como un rechazo al condicionamiento de la geografía que nos dio la madre naturaleza. Más aún, durante la mayor parte de los doscientos años que este libro describe vivimos bajo el mandato de Sebastián Lerdo de Tejada, quien se negó a construir un ferrocarril de la ciudad de México a la frontera con Estados Unidos con el argumento de que entre el poderoso y el débil, el desierto. En todo ese tiempo, y al igual que nuestro vecino, quisimos cerrar los ojos a la geografía, darle la espalda a la frontera norte. Buscamos alternativas en Europa, en América del Sur, quisimos evitar el trato directo con un vecino tanto más poderoso y ávido, y entonces recurrimos a los foros multilaterales como para hablar con los americanos por interpósita persona. Así lo hicimos hasta 1994, cuando entró en vigor el Tratado de Libre Comercio que, si no fue una capitulación, sí fue un viraje profundo, histórico, fue una reconciliación con el dictado de la geografía; a partir de ahí nos encaminamos ya sin resistencias a la integración a Estados Unidos.

Un libro vale en sí mismo por su contenido, pero también vale como detonador de nuevas preguntas, así como de respuestas diferentes a las convencionales. Así, la lectura de la *Historia mínima de las relaciones exteriores de México* no sólo es informativa, sino que sugiere, ofrece puntos de debate, pistas para la revisión de la versión oficial de la política exterior mexicana, lo lleva a uno a pensar.

La *Historia mínima de las relaciones exteriores de México* plantea temas generales que son materia de discusión entre los teóricos de las relaciones internacionales; por ejemplo, la relación entre política exterior y política interna. El libro afirma que el país no pudo desarrollar una política exterior merecedora de ese nombre, en tanto no fuera económica y políticamente estable. Esto es, la política interna es la base de la política exterior. Luego sostiene que México se labró prestigio internacional con sus acciones en el exterior, cuando de manera sistemática condenó los abusos de los países débiles por parte de los poderosos; así ocurrió cuando protestó en 1935 por la invasión japonesa de Manchuria, y por el ataque de Italia contra Abisinia; o cuando adoptó una generosa política de asilo a los perseguidos políticos, como sucedió a partir de 1936 con los refugiados de la guerra civil española, de las dictaduras europeas, y en los sesenta de las dictaduras latinoamericanas; o por su postura en relación con la Revolución cubana, fundada en el principio de la no intervención en asuntos internos, que, por cierto, no siempre respetamos, como pasó en el caso de España en 1946 o en 1975, o en el de El Salvador, cuando firmamos el comunicado franco-mexicano que reconocía a las guerrillas como fuerzas beligerantes.

Sin embargo, la lectura de este libro me hizo pensar que el prestigio internacional de México es mayor cuando su situación interna es estable, cuando su economía crece en forma sostenida, como ocurrió durante los

años del *milagro mexicano*, es decir, entre 1950 y 1970, o cuando llevó a cabo con éxito reformas internas como lo hizo el gobierno de Carlos Salinas entre 1988 y 1993. Es decir, el prestigio internacional de México se finca en su política interna antes que en su política exterior; por ejemplo, en la primera etapa de la Guerra Fría, de 1946 a 1968, los gobiernos mexicanos eran dignos de confianza, el PRI era un modelo de modernización –como lo expone Samuel Huntington en su libro clásico *Political Order in Changing Societies*–. Fue una crisis de orden interno, la represión del movimiento estudiantil de 1968, la que echó abajo ese prestigio. Insisto, para construirlo tuvo mayor peso la política del desarrollo estabilizador que el activismo internacional de Adolfo López Mateos; y el tercermundismo de Luis Echeverría hizo muy poco para modificar la imagen del autoritarismo mexicano que la crisis de 1968 había despostillado. La autora de este libro reconstruye la severa crisis económica que tuvo que enfrentar el gobierno de De la Madrid, pero también relata la formación del Grupo Contadora, que fue decisivo para desmontar el potencial destructivo de los conflictos centroamericanos. No obstante, entre los argumentos de apoyo a las operaciones de salvamento financiero que orquestó Washington para estabilizar a la economía mexicana, sobre Contadora prevaleció la seriedad del compromiso del gobierno de De la Madrid con la disciplina fiscal y con reformas a la economía.

Una segunda reflexión general tiene que ver con los temas de defensa de la soberanía nacional y de la autodeterminación, que normalmente son presentados como principios, es decir, fórmulas normativas; pero también pueden ser objetivos –como se afirma en las primeras páginas del libro–; y pueden ser presupuestos, es decir, el punto de partida de decisiones como, por ejemplo, las relativas a la política en los foros multilaterales, que ha sido consistentemente autónoma en relación con las posiciones de Estados Unidos, dado que responde a elaboraciones originales en temas como el desarme, la desnuclearización o el derecho del mar. En cada uno de ellos México ha contribuido a sentar jurisprudencia.

La autora no se compromete, ni plantea directamente el tema de la política exterior como fuente de consenso interno, que durante años ha sido parte del paradigma oficial. No obstante son numerosas sus referencias al impacto divisivo de algunas medidas como el apoyo a la república española, a la Revolución cubana, al sandinismo o la firma del TLC. Aplauzo esta interpretación que es históricamente correcta, aunque sea políticamente incorrecta. Sin embargo, Lajous recoge la interpretación dominante según la cual la política exterior respondía a las demandas de la izquierda mexicana. Esto pudo haber sido cierto en los años de Luis Echeverría, pero no creo que la política del presidente Cárdenas hacia la república española haya tenido esa intención; tampoco creo que contentar a las izquierdas

fuera una prioridad para López Mateos, que llegó al poder en diciembre de 1958 con un proyecto de política exterior diseñado antes del triunfo de los revolucionarios cubanos.

Más aún, creo que vale la pena hacer una revisión crítica de esta idea de que la política exterior está primeramente dirigida a las izquierdas mexicanas, y si así fue hay que analizar el alcance de una política exterior que en realidad era política interna; hasta qué punto promovió los intereses nacionales, o, al contrario, si su principal objetivo es la política interna, puede tener costos muy altos en términos de las relaciones internacionales del país.

También merece revisión la reacción internacional que suscitaban las críticas del gobierno mexicano a regímenes o políticas antidemocráticas; tanto así que esa línea en lugar de fortalecerlos internacionalmente, nos debilitaba porque arrojaba una luz desfavorecedora sobre al autoritarismo del régimen mexicano.

El libro contiene muchas referencias, pistas y alusiones que invitan a la reflexión crítica y al revisionismo. Así no fuera más que por esa razón, su lectura contribuye a un mejor conocimiento de la historia de las relaciones internacionales de México.

SOLEDAD LOAEZA

Salvador Martí i Puig (ed.), *¿Adónde chingados va México? Un análisis político y socioeconómico de dos sexenios (2000-2012)*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2012, 334 pp.

El libro aquí reseñado es una compilación cuyo objetivo es evaluar los recientes doce años del gobierno panista. Para ello el editor, Salvador Martí i Puig, agrupa diecisiete investigaciones temáticas elaboradas por académicos de diversas universidades mexicanas y españolas con el fin de exponer qué pasó en México a una década de la alternancia política.

Sin duda, uno de los aportes más importantes de este volumen es el trabajo interdisciplinario y la voluntad de elaborar una visión coral y plural de lo que ha acontecido en México a lo largo de una década. Se divide en cuatro secciones: "Instituciones y ciudadanos", "Actores políticos", "Realidad socioeconómica y educativa" y "Derechos humanos"; a lo largo de ellas se procura responder dos preguntas fundamentales: ¿qué ha ocurrido en México durante la primera década del siglo XXI?, y, con base en ello, ¿a dónde se dirige el país?

La primera sección, sobre "Instituciones y ciudadanos", se abre con un capítulo escrito por Francisco Valdés Ugalde en el que se plantea cómo

operan los diversos actores políticos después del cambio de gobierno de 2000. Este texto plantea la paradoja presente desde el año 2000 en la política mexicana de la vigencia de unas reglas que se construyeron en un marco autoritario y hegemónico (dirigido por el PRI) en un entorno plural, donde las viejas lógicas autoritarias ya no funcionan y las nuevas dinámicas de confrontación no logran generar una gobernanza eficaz. El texto siguiente, de Alberto Aziz Nassif, expone que en México no se ha conseguido una democracia de calidad, ya que el Estado y sus instituciones son débiles e inconsistentes en sus propósitos. Cuestiona tanto las políticas neoliberales implementadas como la incapacidad del Estado de regular el mercado y desafiar los sindicatos y los monopolios. El último capítulo de esta sección, elaborado por el editor, se centra en el estudio de la conducta y las percepciones de los mexicanos respecto a la democracia y sus instituciones, así como su vinculación con los partidos políticos. Con base en los datos que se aportan, Martí i Puig señala que la cultura política de los mexicanos podría calificarse de “partidismo cínico” porque a pesar de la desconfianza que los ciudadanos tienen hacia las instituciones partidarias se identifican con ellos.

En la segunda sección, “Actores políticos”, se analizan los tres partidos mayoritarios y los movimientos sociales. El primer partido que se examina es el PAN, a cargo de Víctor Alarcón, quien hace un balance de desempeño de Acción Nacional desde los años ochenta hasta hoy, destacando la adaptación del partido –nacido en la oposición– en sus dos sexenios de gobierno. Según Alarcón, el PAN en el poder no ha sido fiel a sus ideales y, además, ha debilitado su organización partidaria hasta el punto de que después de las elecciones de 2012 puede entrar en un periodo de profunda crisis y conflictividad interna. El siguiente capítulo, de Carlos Briceño, se refiere al PRI y se centra en el análisis de la organización partidaria después de la pérdida de las elecciones presidenciales de 2000. La investigación muestra los juegos de poder a nivel interno y cómo los gobernadores del PRI se convirtieron en la figura de unión y de poder tras la pérdida de la presidencia. El tercer y último partido que se revisa es el PRD, en texto de Esperanza Palma, quien se enfoca en la implantación electoral del partido en el territorio y en la intensa conflictividad organizativa presente en su seno.

El cuarto capítulo de este bloque, elaborado por Reynaldo Y. Ortega Ortiz, explora cómo el desplome del sistema hegemónico priista incrementó no sólo el número efectivo de partidos sino que también agudizó la competencia electoral por efecto de alianzas partidarias. Para demostrarlo Ortega Ortiz presenta la evolución de las coaliciones electorales desde 1998 hasta 2012 y plantea que la formación de alianzas partidistas mexicanas se basan, sobre todo, en la cercanía ideológica. Finalmente, el bloque se cierra con un texto de Guiomar Rovira en el que se abordan los movimientos

sociales y su relación con los medios de comunicación. Rovira explica, por un lado, cómo el duopolio comunicativo presente en México ha supuesto un pasivo para las visiones alternativas de país, y cómo, por otro lado, las nuevas tecnologías de la información y la comunicación pueden abrir nuevos espacios a la crítica. Como es de esperar, en el capítulo de Rovira también hay referencia al movimiento “Yo soy 132”.

La tercera sección, “Realidad socioeconómica y educativa”, empieza con un balance socioeconómico elaborado por Miguel Carrera Troyano y Juan Mario Solís, quienes se cuestionan por qué México no creció como se esperaba en la última década. La respuesta no es simple ni fácil, conque los autores exponen las explicaciones de la visión liberal, por un lado, y por otro lado la visión keynesiana. El siguiente capítulo, elaborado por Pedro Flores Crespo, se centra en la política educativa. Explica, con el uso de indicadores del sistema educativo mexicano y el análisis político, el desarrollo de la política educativa en la alternancia. Flores realiza un estudio minucioso de las principales políticas y programas realizados por el panismo y elabora un balance. En éste se rescata, por un lado, las instituciones de evaluación de la calidad de reciente creación pero por otro se reprocha el “neocorporativismo” con el que se han gestado muchos programas así como el abandono de la educación básica y superior dentro de los presupuestos económicos.

Luego del despliegue de ambas investigaciones, en el siguiente capítulo, de Juan Pablo Vázquez, sobre la situación de los pueblos indígenas, se constata que México continúa siendo un país muy desigual y racista. El autor enlaza cifras e indicadores sobre la calidad de vida de los indígenas y los programas que se han implementado para la mejora de su condición, reclama la falta de integración y honestidad de los planes de los gobiernos panistas. En esta dirección Vázquez expone que pese al reconocimiento nominal de la multiculturalidad el Estado mexicano continuó expropiando territorios indígenas y discriminando. Así, el texto siguiente continúa enfocando el mismo tema desde otra perspectiva, a saber, analiza el sistema educativo indígena que nació en la administración Fox de la mano de las Universidades Interculturales. En dicho capítulo Gunther Dietz y Laura Mateos explican que el campo educativo se ha convertido en otro escenario de lucha entre el Estado mexicano y los pueblos indígenas. La investigación abre nuevamente el debate sobre cómo lograr una educación apropiada y apropiable para los pueblos indígenas.

Finalmente la última sección versa sobre “Derechos humanos”. En esta sección se presentan cuatro textos. El primero, elaborado por Aquiles Magide y Claire Wriqth, hacen un balance de la violencia en el país durante los últimos seis años y denuncian la impunidad reinante en el país y la aparición

de políticas públicas que se centran en recetas punitivas y no en el respeto a los derechos humanos. El capítulo siguiente, elaborado por Serrano, se centra en la juridificación de los derechos humanos dentro del marco legal del país con el fin de constatar que en México, a pesar de gozar de una constitución muy garantista y respetuosa, en la práctica va por senderos muy diferentes. El texto que sigue es un análisis de un “estudio de caso” emblemático, a saber, el feminicidio de Ciudad Juárez. Este capítulo, elaborado por Santiago Gallur, habla de la impunidad en un contexto de violencia extrema en el que son cómplices tanto las redes del narco como la dejación de responsabilidades de las instituciones.

Finalmente, los dos últimos textos del libro, de Alejandro Vélez Salas y Rafael Grasa respectivamente, presentan un escenario un poco más optimista. El primero hace referencia a las “redes transnacionales de solidaridad” y lucha por los derechos humanos; muestra la importancia que han tenido los movimientos sociales a la hora de denunciar las violaciones de derechos humanos en México. El segundo, “Una agenda de paz, desarrollo y derechos humanos desde la transformación de conflictos y la seguridad humana”, critica la inmediatez con la que son tratados los conflictos en México y aboga por un análisis más complejo y por la necesidad de abordar el tema desde una perspectiva regional y de seguridad humana.

Una vez descrito de forma muy somera el contenido del libro es preciso concluir que esta obra es un excelente esfuerzo para elaborar un diagnóstico de la realidad social y política de México al inicio de una nueva etapa en la que el PRI ha vuelto a tomar las riendas del país. Sin duda, *¿A dónde chingados va México?* se convierte en una herramienta indispensable para analizar aquello que ha ocurrido a lo largo de la última década y, con ello, interpretar el futuro próximo. Además, el libro no sólo supone un esfuerzo para elaborar una compilación de textos de gran calidad y de naturaleza plural, sino que también tiene la virtud de presentar un compendio en el que participa una gran cantidad de investigadores reconocidos por su prestigio intelectual.

MARÍA RENÉ BARRIENTOS GARRIDO

Antonia Pi Suñer, Paolo Rigouzzi y Lorena Ruano, *Historia de las relaciones internacionales de México. 1810-2010. Europa*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, Dirección General del Acervo del Archivo Histórico, 2011, 540 pp.

Este libro es parte de un ambicioso proyecto del Acervo Histórico Diplomático (AHD) de la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE), bajo la coordi-

nación de Mercedes de Vega, cuyo objetivo central es proveer una historia de las relaciones internacionales de México desde la Independencia hasta la actualidad. La originalidad de esta colección con respecto a otras historias de las relaciones internacionales de México reside en que se adoptó una óptica regional. Se estudian, en siete volúmenes, las relaciones de México con América del Norte, Centroamérica, el Caribe, América del Sur, Europa, Asia y África y Medio Oriente. Este volumen, así como la colección completa, son únicos en su tipo: es la primera vez que se publica en México –y a nivel mundial– la historia de las relaciones internacionales del país desde su independencia hasta nuestros días, de manera coordinada y sistemática, siguiendo una lógica regional.

Existen tres antecedentes relevantes sobre colecciones u obras en materia de historia diplomática y de la política exterior de México. Primero, se encuentra la colección México y el Mundo, Historia de sus Relaciones Internacionales, publicada por el Senado de la República y El Colegio de México, la cual analiza, en nueve volúmenes, el devenir de la política exterior mexicana por periodos históricos. Está después la colección Política exterior de México, 175 años de historia, publicada en cuatro volúmenes por la SRE en el marco del 175 aniversario de la Independencia; está integrada por una historia documental, una antología de reflexiones y una colección de ensayos sobre los principales temas de la política externa del país. Finalmente, el libro *En busca de una nación soberana. Relaciones internacionales de México, siglos XIX y XX*, publicado por la SRE y el CIDE, hace una exploración integral de la historia de las relaciones internacionales del país, desde la independencia hasta el nuevo milenio, por medio de una muestra selecta de temas y momentos históricos de la política externa mexicana. Junto con estas tres obras, la presente colección se ha convertido en una de las fuentes fundamentales y obligadas de consulta para entender la historia de las relaciones internacionales y la política exterior de México.

La publicación de esta colección ha sido un gran éxito, en buena medida por la impecable coordinación de Mercedes de Vega, pero especialmente porque cada uno de los volúmenes fue escrito por destacados expertos en la historia diplomática y las relaciones internacionales de México. Este es el caso particular de éste, el quinto volumen, dedicado a estudiar y analizar las relaciones de México con Europa desde la consumación de la Independencia en 1821 hasta el bicentenario de la iniciación de la misma, en 2010. Está escrito magistralmente, al unísono, por Antonia Pi-Suñer, Paolo Riguzzi y Lorena Ruano.

Considero que la gran calidad de este libro responde no sólo al enorme conocimiento y capacidad de análisis de los autores, sino a que la obra

fue verdaderamente co-autorada, de hecho escrita a seis manos. El libro está dividido en tres partes, con una lógica de periodos históricos, cada una de ellas fue elaborada en su primera versión por el experto en la época: Pi-Suñer escribe la primera parte, “De la independencia a la consolidación política (1821-1884); Riguzzi la segunda, “De la *Belle Epoque* a la Segunda Guerra Mundial (1885-1945); y Ruano la última, “Del fin de la Segunda Guerra Mundial a la actualidad (1945-2010)–. Cada una estas versiones preliminares fue discutida a profundidad por los tres autores en varias largas e intensas, pero productivas reuniones de trabajo. Estas discusiones permitieron fundir las tres partes en un solo libro, un todo que es sustantivamente más que sus piezas originales, ya que la crítica constructiva mutua de tres autores con perfiles diferentes, mas complementarios (historiadores e internacionalistas, jóvenes y más experimentados, expertos en temas de investigación variados como comercio, cooperación, integración, sistemas globales, exilio, formación del Estado y élites), produjeron una obra completa e integral, que permite entender cabalmente las relaciones internacionales de México con Europa en sus muchas dimensiones.

Así, más que un libro de historia diplomática, este volumen permite analizar las relaciones internacionales de México con el viejo continente de manera integral e interdisciplinaria. No sólo se avoca a describir las relaciones diplomáticas y la política exterior de México con Europa, sino que también analiza las diferentes facetas políticas, económicas (comerciales y financieras), sociales, culturales, migratorias e ideacionales de las relaciones externas del país, en el marco de un cambiante entorno regional en las Américas y en Europa, así como de un sistema internacional en constante transformación.

Este libro posee, cuando menos, siete grandes virtudes, difíciles de encontrar en otras obras, dada la complejidad de resolver las contradicciones que cada una de estas virtudes implica. En primer lugar, es una obra erudita pero accesible. Esto significa que la profundidad del conocimiento y análisis contenidos en la misma son decantados con tal maestría por los autores, que la obra se hace accesible e interesante no sólo para profesores, investigadores y estudiantes de relaciones internacionales e historia, sino para un público amplio que incluye funcionarios e interesados en la materia en general. En segundo lugar, es un libro con bases históricas sólidas, pero de enorme actualidad. Esto implica que los autores no sólo se preocuparon por entender el pasado, sino también por proveer interpretaciones contemporáneas de los hechos históricos.

En tercer lugar, es un libro de enorme amplitud temporal pero de enorme profundidad. Aun cuando cubre prácticamente doscientos años de relaciones internacionales de México con Europa, lo hace de manera

sistemática y profunda, enfocándose no sólo en las variables económicas, políticas, sociales y culturales relevantes en México y los principales países europeos, sino contextualizando en todo momento las relaciones del país con la región en un entorno internacional cambiante. Cuarto, es una obra con mucha información, pero al mismo tiempo analítica. Los autores incluyeron todos los momentos y situaciones históricas de importancia en las 540 páginas del libro, pero nunca dejaron de lado el análisis de las mismas para entender sus efectos sobre las políticas internas y exteriores de México y los países europeos. Así, no sólo permite ampliar el conocimiento sobre los momentos históricos de la diplomacia mexicana, sino que sirve para agudizar las habilidades del lector para analizar las relaciones internacionales de México. Quinto, es un volumen crítico y constructivo. Esto significa que no únicamente identifica los principales momentos históricos de la relación con Europa, sino que propone interpretaciones novedosas de carácter analítico con respecto a aquellas realizadas en publicaciones anteriores.

En sexto lugar, es un libro esencialmente disciplinario en sus objetivos e interdisciplinario en sus bases y análisis. Lo anterior implica que aun cuando su principal objetivo es estudiar las relaciones internacionales de México con Europa, para hacerlo se allega del apoyo y metodologías no sólo de las relaciones internacionales y la historia, sino de la diplomacia, la política comparada, la administración pública, la sociología y aun la psicología. Por último, es una obra que combina magistralmente las fuentes primarias y secundarias. Los autores revisaron absolutamente todo lo que debía considerarse para la redacción de la misma, haciendo un uso extensivo de fuentes primarias –particularmente de los archivos resguardados por el AHD– y secundarias: libros, artículos académicos, fuentes periodísticas y documentos oficiales. La bibliografía al final de la obra bien podría ser considerada como el mejor resumen de todas las fuentes disponibles sobre las relaciones internacionales de México con Europa.

En suma, este libro y la colección de la cual forma parte son únicos en su tipo por haber sido escritos por algunos de los más destacados académicos –varios de ellos a muchas manos, de los cuales el presente es el mejor ejemplo–, con una visión regional, haciendo uso extensivo de fuentes primarias y secundarias, y con enormes virtudes académicas (erudito pero accesible, histórico pero actual, amplio pero profundo, informativo pero analítico, crítico pero constructivo, disciplinario en objetivos pero interdisciplinario en bases y compacto pero comprensivo). Por ello, a tan sólo un año de su publicación, este volumen y la colección se han convertido en obras de cabecera y de referencia obligatoria para internacionalistas e historiadores, indispensables para entender de manera cabal e integral la historia de las relaciones

internacionales de México con el mundo a través de sus regiones. Las bibliotecas de los internacionistas o historiadores diplomáticos estarían incompletas sin esta obra.

JORGE A. SCHIAVON

Jeffrey Meyers, *Orwell: Life and Art*, Urbana, University of Illinois Press, 2010, 272 pp.

Este libro reúne veintiún artículos publicados entre 1968 y 2009 por un reconocido biógrafo y analista de la vida y la obra de George Orwell.¹ Está dividido en tres partes: la primera se dedica a asuntos biográficos, la segunda a aspectos más propiamente literarios y la tercera, mucho más breve que las anteriores, a lo que podríamos denominar “crítica literaria”. El resultado es una excelente visión panorámica sobre uno de los autores más importantes del siglo xx. Una visión llena de planteamientos sugestivos, los cuales son el resultado no sólo de muchos años dedicados a la vida de Orwell, sino de “estarle dando vueltas” a su obra. Sólo así se explican las incontables veces interpretativas que surgen en este libro respecto a ambas (vida y obra) y, sobre todo quizás, respecto a sus interrelaciones (bastante sinuosas en algunos casos).

“George Orwell, the most widely read and influential serious writer of the twentieth century, has been my lifelong interest.” Son éstas las primeras palabras de la introducción de esta antología (p. ix). En los artículos biográficos contenidos en ella surgen algunos elementos que parecen ser cruciales para entender la obra de Orwell: su infancia más bien infeliz; las humillaciones que vivió en la escuela en donde estudió cuando era adolescente (magníficamente retratadas en “Such, Such were the Joys”); el sentimiento de culpa que siempre lo acompañó y que lo llevó a ponerse siempre del lado de los más débiles; su profundísimo sentido de la solidaridad humana (un sentido que, como señala Meyers en más de una ocasión, compartía con Joseph Conrad); su nostalgia por el pasado inglés (particularmente, por el reinado de Eduardo VII, 1901-1910); su enorme generosidad; su honestidad intelectual; su valor para defender “causas perdidas”; su genuina

¹ Jeffrey Meyers ha escrito también biografías de Hemingway, Lawrence, Conrad, Mansfield, Scott Fitzgerald y Somerset Maugham, entre otros. Además, antes del libro que nos ocupa, había dedicado otros cuatro a Orwell (como editor, como antólogo, etc.) y había escrito tres sobre el arte/oficio de escribir biografías. Sobre algunos de los libros publicados hace una década con motivo del centenario del nacimiento de Orwell, puede verse la reseña que publiqué en *Foro Internacional*, vol. 43, núm. 4, 2003, pp. 985-989.

preocupación por los desposeídos (como resulta evidente en *The Road to Wigan Pier* y que llevó al extremo en *Down and Out in Paris and London*); por último, su inquebrantable convicción de que existía algo llamado “decencia” (*decency*), que había que preservar a toda costa.

Todo lo anterior se refiere en un periplo biográfico en el que destacan su nacimiento en la India, su paso por St. Cyprian’s (la escuela de “Such, Such were the Joys”) y por Eton, su ingreso a la policía militar en Birmania, su etapa de pordiosero voluntario en París y en Londres, su participación en la Guerra Civil española, su desempeño en la BBC durante la Segunda Guerra Mundial y, por último, los años postreros de su vida (marcados por una tuberculosis que terminó matándolo en 1950, cuando apenas tenía 46 años). Desde *Down and Out in Paris and London* (1933) hasta la celeberrima *1984* (1949) transcurren poco más de tres lustros, pero las obras que los expertos, entre ellos Meyers, consideran que son lo mejor de Orwell se ubican “a medio camino”, por decirlo así (*Homage to Catalonia* es de 1938 y *Animal Farm* de 1945).

En todo caso, lo mejor de Orwell desde una perspectiva general no son sus trabajos de ficción (exceptuando, y se trata de una gran excepción, *Animal Farm*). Como es sabido, Orwell fue, ante todo y sobre todo, un ensayista (él mismo decía: “I am not a real novelist anyway”). En este rubro, la nómina es muy extensa, pero bastarían títulos como “Shooting an Elephant”, “A Hanging”, “England your England”, “Politics and the English Language” y “Why I Write” para dar una idea del calibre de Orwell como ensayista.² Como escribe Meyers, Orwell es “the most influential prose stylist [in English] of the twentieth century” (p. 169). La precisión y economía de la prosa de Orwell lo llevaron a rechazar tajantemente toda floritura en el lenguaje (para él, por poner un solo ejemplo, Sartre era “a bag of wind”). Orwell estaba convencido de que la falta de claridad en el uso del lenguaje escrito llevaba inevitablemente al engaño y a la manipulación políticas, incluso a algo aún más temible: la “destrucción del pasado” (como es evidente en obras como *Homage to Catalonia*, *Coming Up for Air*, *Animal Farm* y *1984*).

La preocupación por un lenguaje diáfano era entonces para Orwell una preocupación eminentemente política. A este respecto, su participación en la Guerra Civil española fue determinante. Él mismo reconoció que ese conflicto fue “the great turning point” en su vida y consideraba que *Homage to Catalonia* era uno de sus mejores trabajos. A partir de su experiencia española

² En español, la editorial Sexto Piso publicó en 2003 una antología titulada *Ensayos escogidos*. En 2009 el Fondo de Cultura Económica hizo lo propio; en este caso el título es *El león y el unicornio y otros ensayos*.

(truncada por un balazo que recibió en el cuello en el frente de Aragón, que lo obligó a regresar a Inglaterra), se dio cuenta cabal de que toda su escritura debía tener un objetivo político y, más aún, fue a partir de esa experiencia que se propuso explícitamente transformar la escritura política en un arte (p. 185). Las divisiones dentro del bando republicano y, más concretamente, la pugna mortal entre estalinistas y trostkistas (que también casi le cuesta la vida) dejaron en Orwell una marca indeleble.³

Uno de los aspectos más atractivos del libro es que si bien resulta evidente que Meyers admira profundamente a Orwell, también lo es que no rehúye o pone entre paréntesis sus contradicciones: “Etonian prole, anticolonial policeman, Tory anarchist, Leftist critic of the Left, puritanical seducer, kindly autocrat” (p. 207). Además, Meyers señala que las creencias políticas de Orwell eran un tanto superficiales y con frecuencia inconsistentes (misma página). Como ejemplo (no mencionado por Meyers) está el célebre artículo “England Your England” (que comprende la primera parte del extenso ensayo titulado *The Lion and the Unicorn*). Dicho artículo, que en sus primeras páginas se perfila como una crítica al nacionalismo, termina siendo casi un panegírico del nacionalismo inglés. En cualquier caso, la inconsistencia mencionada, si bien puede percibirse en algunos aspectos, no toca el eje de flotación de la postura política que Orwell sostuvo consistentemente desde el primer momento: su socialismo democrático. En buena lógica, este socialismo era muy crítico de la sociedad individualista, jerarquizada y desigual que había prohijado el capitalismo *laissez faire* (que, con todas las limitaciones que se quiera, ha caracterizado la historia contemporánea inglesa). Ahora bien, este socialismo no le impidió a Orwell ser sumamente crítico con el estalinismo. De hecho, Orwell consideraba que la “prueba de fuego” de la honestidad intelectual en la Europa de su tiempo era atreverse a ser crítico con respecto a Rusia y a Stalin (un país y un personaje que, desde la óptica de Orwell, nada tenían que ver con lo que él consideraba el socialismo verdadero).⁴

³ Sin embargo, como él mismo lo expresó, ni siquiera la experiencia española hizo que perdiera la fe en la decencia humana: “Curiously enough the whole experience has left me with not less but more belief in the decency of human beings” (p. 69). Esto se explica porque durante su estancia en España Orwell experimentó algunas vivencias que le hicieron ver que no todo estaba perdido. El ejemplo más célebre, más “representativo” y más conmovedor desde nuestro punto de vista, es el fugaz encuentro que tuvo con un joven miliciano italiano cuando Orwell tenía muy poco tiempo de haber llegado a España (episodio con el que inicia *Homage to Catalonia*).

⁴ En la página 130, Meyers plantea que hay una línea directa que va de *Homage to Catalonia* a *1984*, pasando por *Animal Farm*; una línea que podría denominarse “La revolución traicionada”. A este respecto, Orwell escribió: “The sin of all left-wingers from 1933 onwards is that they have wanted to be anti-Fascist without being anti-totalitarian”. *Ibid.*, p. 69.

La mezcla que se desprende de algunos de los elementos mencionados en esta reseña, el momento que le tocó vivir (la Europa del imperialismo, el fascismo, el nazismo, el comunismo estalinista y la eclosión de la “Guerra Fría”) y una independencia de espíritu a toda prueba, hacen de Orwell un autor indispensable para entender una parte fundamental de la historia del siglo xx. Al respecto, como señala Meyers, 1984 ha sido vista sobre todo como una visión “pesadillesca” del futuro totalitario, cuando en realidad era más que nada un retrato concreto del presente y del pasado inmediato. La originalidad de este libro (fallido, por cierto, desde una perspectiva literaria), nos dice el autor, “results more from a realistic synthesis and rearrangement of familiar materials than from any prophetic or imaginary speculations” (p. 126).

Esta novela, 1984, es también una muestra más, quizás la más desesperada si tenemos en cuenta que Orwell estaba en la antesala de la muerte cuando la escribió, de ese “desperate longing for love” que caracteriza toda su obra (p. 227). Un anhelo desesperado que puede ser visto como una faceta *sui generis* de ese sentido de la solidaridad al que nos referimos al principio de esta reseña y que lo llevó a contraer matrimonio en el lecho de muerte con Sonia Brownell. Orwell dejaba un hijo de cinco años que había adoptado con su primera esposa (Eileen O’Shaughnessy) y un legado literario que empezó a convertirse en una auténtica mina de oro justo a partir del momento cuando ya no estaba en condiciones de disfrutar prácticamente nada, pues la tuberculosis avanzaba rápida e inexorablemente.

Invito a los lectores, sobre todo a los jóvenes que no han leído a Orwell, a que lean el libro aquí reseñado (no es necesario leerlo en su totalidad o seguir el orden fijado por Meyers, pues cada artículo se sostiene perfectamente por sí solo); ninguno de los veintidós textos los decepcionará. Más importante, sin embargo, es que este libro sirva como “aperitivo” para acercarse a la obra de un autor que, lo digo sin ánimo retórico alguno, es indispensable conocer no sólo por motivos literarios o porque ayude a los lectores a entender mejor el siglo xx, sino también por otras razones, igualmente importantes: “Orwell’s particular and distinct contribution to modern English literature is a passionate commitment, a radical sincerity and an ethic of responsibility that ultimately transcends his defeated heroes” (p. 134).

Francisco E. González, *Creative Destruction? Economic Crises and Democracy in Latin America*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 2012, 296 pp.

En medio de una coyuntura de incertidumbre y tensión como la actual, provocada por las fatales consecuencias de esta nueva gran crisis internacional, reaparece el cuestionamiento sobre las posibles consecuencias y reacomodos que un proceso de esta envergadura podría provocar en los sistemas políticos en el corto y mediano plazo. Tratando de responder a esta pregunta, Francisco González realiza un estudio histórico sobre la influencia que diferentes crisis internacionales acontecidas en el siglo xx ejercieron en los regímenes políticos de tres países sudamericanos: Argentina, Chile y Uruguay. Por medio de su análisis, pretende comprobar cómo los cambios estructurales que se han llevado a cabo en la mayor parte de los países y en el medio internacional en general han incrementado las posibilidades de supervivencia de los regímenes democráticos a las cada vez más extensas y recurrentes crisis económicas.

En la primera parte de su trabajo, González compara lo ocurrido en el sistema político de Argentina, Chile y Uruguay tras la Gran Depresión de 1929. La elección de los tres países podría parecer a primera vista poco usual, no obstante, González justifica su decisión señalando que éstos no sólo pertenecen a una región muy activa en el rubro de transiciones políticas y desastres financieros, sino que fueron los únicos Estados latinoamericanos que experimentaron con proyectos democráticos antes de la crisis de 1929. El autor considera fundamental comparar los efectos de los cataclismos financieros en sistemas políticos similares, por lo que en la segunda parte del trabajo se abordan las consecuencias de la crisis de la deuda (1982) en la dictadura militar chilena y de la crisis de los mercados emergentes (finales de los noventa) en los sistemas democráticos de Argentina y Chile. Finalmente, en el tercero y último apartado, González realiza un esbozo general de las posibilidades que la democracia tiene para sobrevivir en la coyuntura actual en otros países de Asia y Europa del Este.

El análisis de los diferentes periodos históricos se realiza por medio de una exhaustiva revisión de los factores que, de acuerdo con la visión del autor, tuvieron la capacidad de incidir en el debilitamiento o fortalecimiento de las fuerzas pro o anti democráticas. Estos factores son divididos por el autor en tres grandes rubros: instituciones, intereses e ideas,¹ los pilares del

¹ El análisis de las instituciones se divide en dos ramas: instituciones como reglas e instituciones como organizaciones. En las primeras se revisan, en el ámbito internacional, las leyes, tratados y regímenes que regulan las diferentes esferas de la política mundial; en el

análisis de la política comparada anglo-americana. El estudio de ambos frentes le permite tener una visión amplia y compleja de cada una de las coyunturas que se plantea analizar y resaltar las particularidades de cada uno de los procesos estudiados. González, antes de iniciar con el análisis formal, realiza una descripción conceptual e histórica de los cataclismos que se describen a lo largo del trabajo, dando al lector herramientas fundamentales para comprender el impacto y evolución de los fenómenos que se describirán en los siguientes apartados.

El autor analiza a profundidad los efectos de la Gran Depresión en los tres países seleccionados. Concluye que, en los casos de Argentina y Uruguay, cuyos sistemas democráticos fueron suplantados por regímenes autoritarios, la incidencia de la crisis en el cambio político fue mínima, puesto que las transformaciones internas experimentadas se debieron más a características particulares de sus sistemas políticos y a reformas llevadas a cabo durante los años previos, que a efectos de la Gran Depresión. El caso de la caída de la dictadura de Carlos Ibáñez en Chile fue radicalmente opuesto, puesto que en este proceso, de acuerdo con la perspectiva del autor, la crisis sí tuvo un papel fundamental en el derrocamiento del régimen autoritario y la adopción del sistema democrático. El principal argumento que da para sustentar esta afirmación es que Chile era muy dependiente de las exportaciones de Estados Unidos, por lo que la crisis afectó duramente no sólo los niveles de vida de la población, sino la actividad productiva, provocando, a final de cuentas, fuertes movilizaciones populares y que las élites, nacionales y extranjeras, le retiraran su apoyo al gobierno.

Antes de revisar los efectos de la crisis de la deuda y los mercados emergentes, González enfatiza los notables cambios que prevalecieron en el medio internacional entre los años treinta y finales de los ochenta. En particular, resalta la existencia de un sistema legal y organizativo de gran alcance y un andamiaje financiero global; el incremento de las capacidades de la sociedad civil para ejercer presiones desde abajo; y la evolución de un mundo con varias opciones de regímenes políticos (fascismo, comunismo, democracia),

ámbito doméstico se evalúan las leyes y decretos fundamentales, así como las leyes electorales. En las instituciones como organizaciones, en la esfera internacional se revisan las organizaciones internacionales y los actores no estatales, y en la nacional las fuerzas armadas, los partidos políticos y el sistema de partidos. En el rubro de intereses, a nivel internacional, se analiza a los capitalistas externos con activos en el país, la liquidez de sus bienes y las afectaciones sufridas por las leyes y regulaciones comerciales impuestas ante la crisis; a nivel nacional la atención se centra en los principales socios de estos capitales, su apoyo o rechazo a la política económica gubernamental y el activismo de diferentes clases sociales. En el rubro de las ideas se pondera los cambios en la política exterior de los países dominantes y la política económica imperante en el ámbito internacional, y las ideologías en conflicto en el ámbito interno.

a un sistema unipolar en donde la democracia liberal aparece como la única opción factible. Posteriormente, en el ámbito interno de los tres países, identifica los procesos particulares que incidieron en la respuesta de los gobiernos ante las crisis mencionadas. En el caso chileno resalta la imposición de un sistema económico que implementaba una versión ortodoxa de las ideas del libre mercado y la aprobación de la Constitución en 1980 que pretendía formalizar un proyecto de transición pacífica; para Argentina destaca la restauración de la democracia, la desaparición de los militares del espectro político y la consolidación de las reformas para evitar una concentración excesiva del poder en el Ejecutivo; y, finalmente, en el caso uruguayo señala la aparición de una tercera fuerza política (el Frente Amplio), las reformas a las leyes para fomentar la disciplina partidista y el retiro de los militares de la vida pública.

En los tres casos analizados, a diferencia de lo ocurrido en la década de 1930, tanto la dictadura chilena como las democracias argentinas y uruguayas fueron capaces de soportar las crisis. En el primer caso, González considera que la dictadura de Augusto Pinochet sobrevivió debido a que en ese momento el sistema internacional obró a su favor, puesto que el Fondo Monetario Internacional (FMI) otorgó, mediante préstamos y exenciones, un segundo respiro al régimen militar de Pinochet. El autor enfatiza que esta situación, a mediano plazo, resultó insostenible, puesto que tras el fin de la Guerra Fría el costo de apoyar a fuerzas anti-democráticas aumentó considerablemente, por lo que al final el país se vio presionado por todo los frentes para adoptar un sistema democrático. Aunque la crisis no fue el principal motor del cambio democrático en Chile, sí coadyuvó a desgastar considerablemente al régimen y el otorgamiento de recursos por parte de los organismos internacionales como el FMI.

En los casos de Argentina y Uruguay, la permanencia de sus regímenes ante la crisis se debió, principalmente, al hecho de que, para finales de la década de 1990, tanto en el interior como en el exterior, las fuerzas anti-democráticas se encontraban muy debilitadas, por lo que no existía una opción que pudiera hacerle contrapeso al sistema democrático. A nivel internacional, la desaparición de la amenaza comunista, el desprestigio de los gobiernos militares y las presiones cada vez más fuertes de la sociedad civil en materia de derechos humanos disminuyeron considerablemente los estímulos que favorecían a los gobiernos anti-democráticos (el caso chileno es paradigmático); mientras que en el terreno doméstico, la posibilidad del regreso de un régimen autoritario desapareció, especialmente tras las decisiones de política interna adoptadas en los años anteriores. González destaca cómo a pesar de las movilizaciones populares amplias, especialmente en el caso argentino, al no existir una opción viable de régimen, los cambios

propuestos se limitaron a transformar sus respectivos proyectos dentro de los márgenes democráticos.

El autor utiliza los casos mencionados para comprobar la fortaleza de los regímenes democráticos y su creciente capacidad para sobrevivir a las crisis. No obstante, enfatiza que esto no significa que los cataclismos financieros hayan perdido su capacidad para promover cambios políticos. Por ejemplo, en América Latina, desde su perspectiva, podrían gestarse transformaciones importantes en algunos países, especialmente en aquellos en los cuales los efectos de la crisis se han resentido de manera más fuerte, como Venezuela y Ecuador. Finalmente González aborda, en forma general y sustentándose en el mismo marco teórico-conceptual, las posibilidades que tiene la democracia para sostenerse en países de Asia y Europa del Este en un contexto de crisis. En el caso asiático, el autor reconoce que las limitaciones del modelo de análisis utilizado son considerables, puesto que no abarca aspectos como la geopolítica, los conflictos religiosos o la politización de la etnicidad, factores fundamentales para entender los procesos políticos en ese continente. Con respecto a Europa del Este destaca que la hipótesis del trabajo se sostiene, puesto que su vinculación con la Unión Europea y sus transformaciones internas dificultan considerablemente en la actualidad el abandono de sus recientes sistemas democráticos.

Al final del texto, González comprueba la hipótesis con la que inició su investigación. Los argumentos que ofrece para explicar las razones coyunturales que permitieron a la dictadura de Pinochet mantenerse unos años más en el poder, el elemento que podría cuestionar su premisa principal, son claros y convincentes. En general, su análisis aporta un ejemplo práctico de la profundidad que requiere el estudio simultáneo de factores internos y externos para explicar los cambios y transformaciones de los sistemas políticos. Asimismo, deja la puerta abierta a otras investigaciones similares y reconoce los límites de su modelo analítico. A pesar de que en algunos momentos los periodos comparados (especialmente en el caso chileno) resultan un tanto forzados, el rigor metodológico, la profundidad del conocimiento sobre las dinámicas internas de los tres países y la buena utilización del trinomio instituciones-intereses-ideas hacen de este texto una lectura muy recomendable para todos aquellos interesados en el estudio y la comprensión de la complejidad inherente de los cambios en los sistemas políticos y su vinculación cada vez más cercana a los hechos que ocurren en el escenario internacional.

Carlos Alba Vega y Gustavo Vega Cánovas (coords.), *Haití y México: Hacia nuevas formas de cooperación*, México, El Colegio de México, 2012, 302 pp.

La cooperación internacional se ha convertido en una de las líneas de política exterior que ocupa frecuentemente las agendas de algunos países. En el recuento que hace de la historia de las relaciones exteriores de México, Roberta Lajous detalla el papel de liderazgo que el país tuvo durante un tiempo hacia la región iberoamericana. Las acciones políticas que llevaron al país al primer plano de la política internacional, frecuentemente se tradujeron en mecanismos de colaboración regional, organizaciones políticas e incluso mediación en conflictos. No aparece, sin embargo, la cooperación internacional como un elemento que haya merecido atención de los gobiernos de México.¹

La relación de México con Haití ha sido estrecha, a pesar de las vicisitudes de la vida política de aquel país. En su momento, por ejemplo, el embajador de México en Haití Sergio Romero Cuevas fue designado representante de la Organización de Estados Americanos (OEA) en el país caribeño, reconociendo con ello el trabajo diplomático mexicano. A eso hay que sumar la colaboración mexicana después del sismo de 2010.

Así, la cooperación internacional para el desarrollo es una estrategia aún novedosa en la agenda mexicana de política exterior. Sin embargo, hay que destacar que los esfuerzos, aunque sea limitados, de la Agencia Mexicana de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AMEXCID), pues han tenido un énfasis muy particular en Haití, desde su fundación en 2011. La aparición de la AMEXCID ofreció la posibilidad de una ruta bien delineada para consolidar la cooperación con Haití. En ese contexto han surgido iniciativas apoyadas por la Agencia y la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE), por ejemplo, la Alianza México por Haití y el Consorcio de Universidades Mexicanas por Haití (en adelante, el Consorcio), en el que participa, entre otros, El Colegio de México.

En 2007 surgió en El Colegio de México el proyecto “Haití-México: Hacia una nueva política de cooperación”. Ese proyecto, que ha contado con la colaboración de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), así como con el apoyo financiero del Centro Internacional de Investigación para el Desarrollo (IRDC) de Canadá, desarrolló una serie de seminarios, a fin de ahondar en líneas de investigación relacionadas con la cooperación México-Haití. Este libro es el primer resultado de esas reuniones académicas.

¹ Roberta Lajous Vargas, *Historia mínima de las relaciones exteriores de México (1821-2000)*, México, El Colegio de México, 2012.

La relevancia de los trabajos que presenta este volumen se explica por sí sola. Bien puede convertirse en una sugerencia, en una llamada de atención al nuevo gobierno mexicano, sucesor del de Felipe Calderón, para mantener y profundizar la colaboración con Haití. Amén de servir para conocer los pormenores de esa relación y la situación particular que enfrenta el país caribeño en nuestros días, sobre todo después de la circunstancia difícil que ha significado el terremoto de 2010 para todos los órdenes de la vida haitiana.

Los temas desarrollados en los ocho capítulos de este libro coordinado por Carlos Alba y Gustavo Vega, profesores-investigadores del Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México, son diversos. Van desde la historia política de Haití, hasta la migración, tema en el que hay énfasis particular, pasando por un estudio sobre la sociedad civil y otro sobre las perspectivas del país después del terremoto de 2010.

Los puntos a comentar son varios. En la "Introducción", Alba y Vega señalan que la participación de México en la cooperación con Haití no ha sido necesariamente grande, pero que, por ejemplo, en términos académicos la relación ha sido fructífera. Así, con magros antecedentes, es posible considerar al terremoto de 2010 como un parteaguas en la cooperación de México hacia Haití, pues, a partir de entonces, la cancillería mexicana intensificó la colaboración con el país caribeño. La respuesta del gobierno de Calderón al desastre en Haití fue inmediata; inició con el envío de un equipo de ayuda de mil trescientas personas, entre médicos, paramédicos, rescatistas e ingenieros. La ayuda se ha diversificado a otros esquemas de cooperación, por ejemplo, en unión con fundaciones y organizaciones de la sociedad civil (osc). Otro ejemplo es un sistema de cooperación triangular que se desarrolló con Japón, con el objetivo de la construcción en Haití de edificios resistentes a los sismos, teniendo la cancillería colaboración de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), también participante en el Consorcio.

Así pues, la idea en torno de la cual se aglutinan los ocho artículos del libro es que México ha convertido su relación con Haití en la piedra angular de su incipiente política de cooperación internacional para el desarrollo. A pesar de que la relación México-Haití es central en el libro, aparece de manera recurrente en la discusión de la mayoría de los artículos otro país cuya importancia es primordial para Haití: República Dominicana.

Como buen exordio, el primer capítulo, también de la autoría de Alba y Vega, ofrece una revisión de la cooperación mexicana con Haití. Exploran históricamente la relación entre los gobiernos mexicano y haitiano hasta llegar al gobierno de Vicente Fox y Felipe Calderón, evidenciando acercamientos más frecuentes con el gobierno haitiano. Si bien la cooperación de

México hacia Haití no había sido nunca tan grande como después del sismo de 2010, los esfuerzos anteriores no deben minimizarse. Tan sólo, por ejemplo, vale la pena destacar que el gobierno mexicano buscó identificar áreas prioritarias en las que el apoyo internacional fuera apremiante para Haití. Una vez identificadas esas áreas, la colaboración mexicana se enfocó en ellas. Resultaron, a saber: protección y manejo del medio ambiente, salud, aduanas, educación, asistencia técnica en materia electoral, ayuda humanitaria, relaciones económicas, relaciones académicas.

En todos los rubros la experiencia ha sido alentadora. En algunos, sin embargo, el éxito ha sido claro. Por mencionar sólo los temas de educación y relaciones académicas, la cancillería mexicana, en unión con instituciones universitarias, ha ofrecido apoyo considerable en términos de becas y ayudas académicas, que se combinan con la estrecha relación que algunas instituciones superiores —como la Facultad de Ingeniería de la UNAM— han desarrollado con universidades haitianas. Mención aparte merece la asistencia técnica en materia electoral. La asistencia del Instituto Federal Electoral (IFE) en las elecciones de 2004 fue importante, dado el déficit institucional en materia electoral de que adolece Haití. La OEA solicitó y medió la cooperación que ofreció el IFE. También participó la Oficina de Asistencia Electoral de Naciones Unidas.

En el capítulo segundo, Gary Paul hace una revisión de aspectos relacionados con la canasta básica, primordialmente de los precios y de las fluctuaciones en el consumo. También ofrece una perspectiva clara de la tragedia diaria que significa el acceso a productos alimenticios en Haití. Detalla, por ejemplo, el sistema de comercialización de productos alimentarios, ofreciendo al lector una visión erudita de este aspecto primordial de la economía haitiana. Hace también un análisis a fondo de las importaciones en el país y la manera en que la dependencia que ha desarrollado el mercado haitiano de los productos externos ha contribuido a fortalecer su vulnerabilidad ante cambios económicos externos. En este estudio económico, Paul incluye además detalles analíticos que son de mucha utilidad para el lector no especializado, hablando, por ejemplo, de cambios en los hábitos de consumo que han sido provocados por las fluctuaciones en el mercado haitiano de alimentos. Por aludir a esos hábitos modificados, destaco tres: el consumo de alimentos ya preparados, en puestos de comida callejera; el surgimiento de nuevas recetas y nuevos menús más bien regionales, adecuados a la disponibilidad de ciertos productos; y la disminución de las veces que se come al día. En la argumentación también aparecen, siendo determinantes para la economía haitiana, los agentes importadores y los bancos. Las implicaciones sociológicas y políticas de este tema al que introduce el autor, podrían ser el punto de partida de nuevos diseños de investigación sobre Haití.

Sobra decir que los argumentos puntuales de Gary Paul están sustentados en datos. Tal información se pone ante del lector en varios cuadros y tablas, como para asentar más fuertemente, por ejemplo, las diferencias en los precios de ciertos productos de la canasta básica, según la región geográfica del país.

En el siguiente capítulo, el tercero, Sabine Manigat analiza la dinámica migratoria haitiana con enfoque histórico al que añade análisis político. Ofrece al lector una revisión completa de la migración a lo largo de la historia de Haití, identificando regiones y periodos temporales de migración: en las regiones: América del Norte y Francia; en los periodos: primordialmente el último decenio de la dictadura de los Duvalier. Relacionada con las difíciles condiciones para la vida, la migración de los haitianos hacia otros países en busca de oportunidades laborales ha determinado el surgimiento de fenómenos tan importantes como la entrada de capital que significa el envío de remesas. Finalmente, Manigat se hace cargo de la necesidad de una política migratoria hacia Haití, no sólo de parte de América del Norte y Francia, sino también de República Dominicana, país con el cual el tema migratorio es motivo constante de tensiones.

El apartado cuatro, titulado “Los haitianos en el exterior: mitos y realidades”, de Gabriel Bidegain, es un documento sintético y sencillo. El autor sustenta en datos los argumentos que propone. Primero destaca, desmitificando, que algunas cifras han sobreestimado el número de haitianos nacidos en el país que viven en el exterior. Detalla que esas personas no rebasan los 800 000. Apoya la regionalización de la migración que hace Manigat e incluye explicaciones sobre las condiciones económicas y profesionales de los migrantes, destacando que los que van a República Dominicana tienen un perfil de menos escolaridad que los que van a América del Norte, además de que son más jóvenes. De tal suerte que ese tipo de migración está bastante más relacionada con la búsqueda de empleo como mano de obra y no con trabajos especializados y/o educados.

Para el lector, el artículo cinco, de Guy Alexandre, será de mucho interés, pues plantea los problemas migratorios con República Dominicana y algunas posibles rutas para solucionarlos. Así, quien lo ignorara, se entera de que la relación de Haití con su país vecino, con el que comparte La Española, no ha sido del todo tersa; y de que cada vez más se ha enrarecido debido al asunto migratorio, que, a pesar de ser de importancia apremiante, no ha merecido un diseño de política adecuado en Dominicana y mucho menos ha permitido acuerdos con Haití. Es interesante hacer notar que no sólo existe en República Dominicana un sector de la opinión pública y, en general, de la población, que mantiene una posición discriminatoria —y, en algunos casos, xenófoba— contra los migrantes haitianos, sino que,

además, esa bandera ha sido ampliamente aprovechada en el terreno político por candidatos a la presidencia. De esa manera ha sido frecuente el surgimiento de colectivos y osc que agrupan a descendientes de haitianos que enfrentan situaciones discriminatorias por parte de la estructura del Estado dominicano, del que son ciudadanos.

Del texto de Alexandre se pueden extraer dos elementos claros: que la relación Haití-República Dominicana está permeada y determinada por el asunto migratorio; y que en Dominicana no ha habido voluntad para acordar con Haití una forma eficiente de solucionar ese tipo de problemas. De este modo, Haití está atado de manos y Dominicana se debate en discursos políticos internos más bien confusos. En campaña, el ahora presidente Danilo Medina se comprometió a implementar políticas encaminadas a solucionar los problemas de los migrantes, pero, en los hechos, el Partido de la Liberación Dominicana (PLD) mantiene una alianza con el Partido Reformista Social Cristiano (PRSC), unión que surgió a mediados de los años noventa a partir del compromiso del PLD de avalar la propuesta del PRSC de incluir cierto derecho de sangre constitucional, de los dominicanos sobre los haitianos. Finalmente, esa normativa se limitó a eliminar la posibilidad de que los hijos de inmigrantes ilegales obtuvieran la nacionalidad dominicana por nacimiento. Sobra apuntar que, a pesar de haber sido limitada, esa norma “nacionalista” tiene un contenido fuertemente discriminatorio. De modo que hay una contradicción en los términos entre el discurso y la realidad a la que se enfrenta el presidente Medina. Y, en este sentido, introducir cambios en el tema migratorio se vuelve difícil, pues, además, existe un simbolismo nacionalista importante que hace de la discriminación a los inmigrantes casi característica esencial de la defensa de la nación dominicana.

La discusión que propone Alexandre, al sugerir algunas soluciones, no tiene desperdicio. Por un lado, el flujo de migrantes haitianos no se detendrá en el futuro inmediato, pues las condiciones precarias del mercado laboral en Haití la favorecen, tanto como el crecimiento demográfico haitiano, según anota Bidegain en su capítulo. Por otro lado, República Dominicana necesita de la migración haitiana, pues, con el paso de los años, el mercado laboral dominicano se ha habituado a los volúmenes de trabajadores que, a bajo coste, llegan de Haití para emplearse como mano de obra. Y ante la imposibilidad de eliminar el problema, es preciso atenderlo y solucionarlo.

En el capítulo sexto, “El programa 3x1: de los proyectos solidarios al desarrollo local transnacional”, los autores analizan el programa mexicano 3x1 y, leído en la perspectiva haitiana, dado el hecho de que el envío de remesas se ha convertido en un asunto importante para la economía de Haití, sería posible para el gobierno de ese país proponer la implementación

de este tipo de programas. A grandes rasgos, el programa 3x1 se dedica a fomentar el desarrollo local en municipios mexicanos. Y se denomina 3x1 pues cuenta con las aportaciones económicas de los mexicanos que han migrado, del gobierno federal –a través de la Secretaría de Desarrollo Social– y de los gobiernos estatal y municipal. Con ese diseño, el programa ha ofrecido buenos resultados, según ejemplos que ofrecen los autores, quienes, además, desentrañan el funcionamiento y los alcances económicos del programa. Definitivamente, es grande la pertinencia de un análisis de este tipo en un libro que discute realidades, problemas y alternativas para Haití, pues un programa de esta naturaleza suena deseable para la circunstancia actual del país caribeño.

En el capítulo siete, Jean Eddy Saint Paul ofrece una revisión de la trayectoria de las luchas de la sociedad civil en Haití, de la participación de las osc en el horizonte político haitiano y de su trabajo en el periodo posterior al sismo de 2010.

En el capítulo ocho, Randolph Gilbert hace un análisis posterior al sismo de 2010, identificando áreas esenciales y señalando los principales desafíos que enfrenta Haití de cara a su reconstrucción. A partir de un análisis económico, Gilbert le da integralidad a su estudio y abarca también, en su explicación, las consecuencias sociales del terremoto, centrando la discusión final en la idea de que el país no sólo necesita una reconstrucción material, sino también una nueva arquitectura social que redefina el papel de la ciudadanía, pasando por un nuevo diseño político –e incluso podría proponerse constitucional– para iniciar una etapa que, por su novedad, prometa derroteros distintos.

Este libro es una oportunidad para el lector. A partir de su lectura es posible formar una idea amplia de lo que es Haití hoy y de la relación que tiene con México. El volumen llena un vacío importante: su relevancia reside en que analiza y propone, además de acabar con ciertas ideas equivocadas acerca de Haití. Es indiscutible que ese país adolece de varios problemas, pero, de tan fatalista que suele ser el tratamiento mediático que se le da, surge la idea de que esos problemas son imposibles de solucionar. Y no es el caso.

JAIME HERNÁNDEZ COLORADO